

Inteligencia y Vida en Santo Tomás de Aquino

Por Octavio Nicolás DERISI

—I—

1. - El pensamiento es esencialmente vida. Y la vida es una perfección pura que—como el conocimiento—se establece en el grado de perfección o acto de un ser. Existe una actividad vital que no es ella misma esencialmente inmanente, y que sólo lo es en cuanto sus efectos permanecen en la unidad del todo (vida negativa). Es el grado inferior de la vida, de acuerdo al grado inferior del ser vital. En cambio el acto cognoscitivo, por su concepto mismo, por su esencia, es inmanente, encierra siempre, hasta cierta medida, indispensable al menos, la inmaterialidad o perfección del ser (1).

Mas; en la medida del crecimiento de la perfección del conocimiento—que supone la del ser o acto ontológico—aumentan también los grados de la inmanencia o vitalidad del acto. El pensamiento es el acto más inmanente y vital, porque realiza la inmaterialidad perfecta o espiritualidad de su ser o acto. Por eso, Dios, cuyo ser más profundo, su “esencia metafísica”, es la Existencia pura que formalmente coincide con “la intelección de la propia intelección” (Aristóteles), el mismo Acto puro de conocer, realiza, en la medida sin medida de tal Acto, la perfección de **Existencia**, de **Pensamiento** y de Inmanencia o de **Vida**. Dios no tiene ni participa, Dios es simple y esencialmente Existencia o Perfección pura, y, en esa misma medida, Inmanencia o Vida, la Vida infinita del simple, único y eterno acto de intelección de sí mismo. Ninguna imperfección en su realización, ninguna multiplicidad o división entre ser Pensamiento y Vida: sino unidad total, más, identidad real y hasta formal entre los

(1). Cfr. mi obra, **Doctrina de la Inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás de Aquino**, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1945.

mismos: Dios es Existencia, es Intelección, es Vida en el único y puro acto de su ser.

2. - La multiplicidad y la separación de tales perfecciones puras—ser Pensamiento y Vida—como la de los demás, comienza en los seres creados, que sólo participan de ellas en el grado de su determinada esencia. Siempre y cualquiera que sea el grado de elevación de su realidad creada, ellos no **son** nunca—porque no son el Acto o Existencia, esencialmente increada e infinita—sólo **tienen** o **participan**, en la medida finita de su esencia, de tales perfecciones—ser, conocimiento y vida—las cuales a su vez no son, en última instancia y según dijimos, sino acto o existencia.

Pero además de esa limitación esencial y común a todo ser creado, semejantes perfecciones—identificadas en el Acto o Perfección puro de Dios—se dividen, separan y multiplican en los seres creados, de acuerdo a su imperfección, o, lo que es lo mismo, de acuerdo a la intervención de la potencia en su propia esencia. Y así algunas creaturas sólo llegan a ser, a existir, pero sin vida (seres inorgánicos). Otras, más perfectas, es decir, en que el acto domina ya más sobre la potencia, a más del ser, alcanzan la vida, pero sin conocimiento. En un grado más arriba, otras llegan a participar de las tres: del ser, de la vida y del conocimiento. Pero a su vez, mientras algunos de éstos se detienen en una vida de conocimiento imperfecto, y distinta de la propia vida orgánica inconsciente (la vida sensitiva de los animales), otros más perfectos alcanzan el nivel de la vida cognoscitiva plena y espiritual de la inteligencia, aunque en diverso grado de perfección, de acuerdo siempre a la medida de la perfección o acto de su ser: los unos en un grado tal, que ni reúnen en ella todo su ser y vida ni es ella enteramente independiente de los otros grados inferiores de la vida—la vida intelectual del hombre distinta y dependiente de la sensible y vegetativa—los otros, en cambio, en el ápice ya de la vida espiritual creada y en gradación de perfección ascendente—las diversas jerarquías de puros espíritus existentes (los ángeles) y posibles logran la unidad del ser, de la vida y de la inteligencia en una forma o esencia espiritual y simple, bien que de un modo contingente y limitado siempre y en principio o en acto primero o potencial—no en el ejercicio mismo del acto—común, según dijimos, a toda creatura que nunca **es**, sino que **tiene** contingentemente, su acto o existencia y, consiguientemente también, el ejercicio o acto segundo de su actividad.

3. - Deteniéndonos ya en el hombre, que es lo que aquí nos interesa, hay, pues, en él ser, vida y conocimiento sensitivo e intelectual; pero ni todo su ser, ni tampoco toda su vida, ni siquiera todo su conocimiento alcanzan el grado de perfección espiritual de la inteligencia. Existen, pues, en la unidad de su ser, a más del ser corpóreo, tres vidas esencialmente diferentes: la orgánica vegetativa inconsciente, la orgánica sensitiva imperfectamente cognoscitiva y consciente y la intelectual plenamente cognoscitiva y consciente. Aunque todas esas

perfecciones provengan de un mismo acto esencial o forma, que es el alma, sin embargo, son distintas y algunas de ellas—como la vida vegetativa y sensitiva—sólo son posibles con la colaboración de la materia (*actus conjuncti*, en lenguaje tomista).

Participe, pues, de la vida intelectual, el hombre no logra, sin embargo, reunir todo su ser ni siquiera su vida en la unidad de su espíritu.

Mas todo el ser y vida del hombre aparecen jerárquicamente organizados: el cuerpo sometido y sirviendo a la vida, la vida inconsciente a la consciente, y dentro de ésta la orgánico-sensitiva, a la espiritual-intelectiva. La unidad jerárquica de las partes sustituye y suple la falta de identidad.

Semejante unidad dada en germen, el hombre ha de realizarla plenamente en el desarrollo armónico y jerárquico de las diferentes partes de su ser y vida, bajo el dominio y penetración en todas ellas de la inteligencia que especifica y señala el ápice de su ser. Ha de acrecentar su ser y vida material y espiritual, pero con la subordinación de aquella a ésta. Ha de incorporar todo su ser y vida a la vida de la inteligencia, ha de iluminar las franjas inferiores de su ser con la luz de la inteligencia, ha de llegar a **ser** en un **ser total** lo que la inteligencia ve que **debe ser**. De este modo el hombre debe lograr la unidad de su ser y de su vida en la vida de la inteligencia. Todo su ser y vida—aún en sus manifestaciones más humildes e inferiores—deben estar impregnados y esclarecidos con la irradiación de la vida espiritual. Tal la obra de la cultura espiritual en toda su amplitud, que comprende el desarrollo de la propia vida intelectual y de la actividad moral de la voluntad (el apetito espiritual); la cual, bajo la dirección normativa del entendimiento, encauza eficazmente y pone todo el ser y vida del hombre al servicio de su bien espiritual y, en última instancia, de la contemplación de la Verdad, último Fin o suprema Perfección de nuestro ser. La multiplicidad, sin desaparecer ni ser substituída por la identidad, en el término de esta obra de auténtica cultura humana, logra alcanzar una coherente armonía y unidad bajo la hegemonía de la inteligencia dominada y dirigida a su vez desde la trascendencia por el ser y sus exigencias ontológicas y, en última instancia, por el Ser divino, su último Fin o suprema Perfección de su ser—llega a espiritualizarse totalmente traspasada e iluminada en todas sus partes por los rayos de la inteligencia y del ser inteligible que la ilumina con la verdad y el bien.

4. - Pero semejante ordenación jerárquica de las diferentes partes del ser y de la vida humana no se logra por sí misma, por una proyección necesaria e indefectible de la luz de la inteligencia. La dolorosa experiencia humana está muy cerca para atestiguarnos a cada paso que ello no es así, sino más bien todo lo contrario y que otras tendencias ciegas y oscuras pugnan desde los bajos fondos de nuestra vida inferior contra esa unidad y contra la penetración de la luz de la inteligencia en toda nuestra vida. Para llegar al logro de ésta ha de intervenir la **fuerza** ordenadora espiritual—de que por

sí sola carece la inteligencia—preciso es la acción de la tendencia o apetito espiritual, de la voluntad libre, que dirigida a su vez y como cargada con las normas o exigencias ontológicas de la inteligencia—normas práctico-morales—las imprima con eficacia en nuestra propia vida espiritual y en las zonas inferiores de nuestro ser y vida.

5. - Y henos ya conducidos al problema de la dualidad en el seno mismo de la vida espiritual: intelectual y volitiva, contemplativa y práctica, especulativa y moral.

La vida espiritual misma, y más las franjas inferiores de nuestra vida, no se incorporan a la unidad de la vida humana, sino por la vía práctica de la moral.

Pero la actividad práctico-moral—con toda la actividad técnico-artística a ella subordinada, sobre las cosas exteriores del hombre para hacerla servir al bien tiene razón de ser y se encamina toda ella a conducir a éste hacia la perfección de su vida contemplativa de la inteligencia, por la que logra la posesión de su último Fin y Plenitud de su vida—en germen en la vida del tiempo y definitivamente en la eternidad.

Toda la vida práctica—del **hacer** técnico-artístico y del **obrar** moral—no tiene lugar, ni siquiera sentido, sin este término final del logro de la plenitud de la vida contemplativa a la que esencialmente sirve.

6. - La filosofía moderna, al desarticularse y hasta arrojar por la borda de su inmanencia y deshacerse enteramente del ser y de sus exigencias y aniquilar así la vida de la inteligencia, la cual se alimenta, se sostiene y tiene sentido sólo por el ser trascendente, perdió **ipso facto** el sentido jerárquico de la vida, cuyas zonas se iluminan y organizan en gradación armónica desde la luz inteligible y trascendente de sus objetos, proyectada por la inteligencia—rompió la subordinación de la vida práctica a la especulativa, quitó el cetro de ésta para darlo a aquella (Kant), y en sus últimas manifestaciones ha querido reducir toda la vida humana a una actividad puramente práctica, a una ocupación y preocupación, en que el mundo mismo no entra sino como horizonte de esta inmanencia poética, de este “quehacer”, a que se reduce en última instancia la trama de la existencia humana (Heidegger). La vida intelectual, la noética, queda así menospreciada—en el sentido originario del vocablo—y subordinada a la vida activa, a la práctica; la contemplación a la acción. Sin la trabazón orgánica que le venía de la inteligencia del ser por vía intelectual estas partes o zonas de nuestro ser y vida múltiple, perdieron su unidad jerárquica, saltaron en un desorden anárquico, en que lógicamente la fuerza y la acción tomaron el dominio despótico sobre la contemplación.

De ahí la preferencia a los problemas y soluciones prácticos sobre los especulativos y el activismo en marcha. De ahí la escasa importancia y casi el desprecio total por las doctrinas especulativas, aún de las de proyección práctica, la poca autoridad otorgada a los

sistemas filosóficos, encerrados todos ellos sin distinción bajo el concepto relativista de "cosmovisión", weltanschauung. La inteligencia va por un lado y la vida por otro; por uno los fríos sistemas y por otro la palpitante realidad humana. Desarraigada del ser, la metafísica o sabiduría contemplativa ha perdido el calor y la fuerza de la vida, que corre por otros cauces, irracionales, en los cuales pretende, por eso, instaurarse la filosofía contemporánea (Bergson, Heidegger, U-namuno, Ortega y Gasset).

De ahí también la poca importancia que se asigna a la obra filosófica pura, aun tratándose de sistemas morales para la solución de los problemas agudos de la vida individual y social. Carecen de eficacia, porque se pretende que la rica realidad de la vida no entra sino deformada y anémica en sus abstractos moldes conceptuales.

De hecho, la sistematización de la ética ha perdido hasta en la intención de no pocos filósofos el sentido mismo de constituirse en norma práctica y eficaz para ordenar la vida humana; y parecería contentarse en ellos con ser sólo un modo de ver o considerar, y no de dirigir la actividad y la conducta humanas, puro entretenimiento especulativo inoperante para la conducción de la vida real concreta.

Para estos éticos la enseñanza de su disciplina no importa ningún compromiso ni responsabilidad, porque tales consideraciones filosóficas nada tienen que ver con la vida real cotidiana, ni siquiera con la propia, organizada o desorganizada y como al margen total de sus inofensivos sistemas. (Digo sistemas "inoperantes", "inofensivos", etc., **de facto**, en la actitud de sus autores, no **de jure** y en sí mismos, porque a la larga las ideas, pese a la intención de quienes las editan, tienden a desarrollar toda su virtual eficacia, la buena o mala).

La filosofía ha venido a perder así su misión rectora del orden natural—como también para muchos la teología la ha perdido del orden sobrenatural cristiano, en que realmente vivimos—se la ha reducido a un lujo inoperante de la sociedad, cultivada en cenáculos de élites, en cátedras y academias, sin concedérsele **de jure** influencia ni siquiera en quienes la cultivan. El torrente de la vida individual y social, técnica y moral corre por otros caminos.

Se ha negado a la filosofía y antes a la teología, aun en el sector ético, toda real vigencia, y con ello se ha establecido la más irreductible dualidad entre la inteligencia y la vida y ésta se ha lanzado sin freno hacia la multiplicidad anárquica. Todas las tendencias de la vida inferior, desarticuladas de la inteligencia, han perdido su carácter racional y humano, y corren sin freno por sus propios caminos en total desorden.

Tal el saldo práctico del pecado de la filosofía moderna al romper amarras con el ser trascendente y claudicar con ello de la hegemonía de la inteligencia en la ordenación de la vida humana.

7. - Sin embargo semejante división de la inteligencia y la vi-

da, con todas las consecuencias apuntadas, es en sí misma falsa y no puede subsistir sin claudicación de las tendencias más profundas y nobles de nuestra naturaleza. La contemplación, el pensamiento y la filosofía no son un entretenimiento inocente e intrascendente, ni la inteligencia un juguete para un "juego", para divertirnos y entretenernos de vez en cuando, al margen de la vida real. Enraizada y alimentada en el ser, sus conceptos encierran la verdad y sus exigencias normativas son las exigencias del ser (1).

De ahí la enormidad de una vida especulativa separada y arrancada de la práctica, tanto en el plano del derecho como en el del hecho: una construcción especulativa que no pretenda ejercer su señorío sobre la vida, y una conducta individual en que la vida no se ajuste a las normas que se profesan. Ambas cosas son enormidades, —peor la primera que la segunda—engendradas por la filosofía y concepción moderna de la vida y de la inteligencia.

Semejante desvinculación entre la vida espiritual y el ser, que es su fuente, y de la consiguiente separación de la vida especulativa de la práctica, la cual refluye a su vez en la desarticulación del ser y vida total del hombre, de todas sus partes desorbitadas y sin orden ni concierto—porque sin luz inteligible capaz de esclarecerle el camino de la norma—pugna contra la ley fundamental del espíritu, contra la **unidad**, que el hombre incoerciblemente busca imponer en todas las manifestaciones de su ser y de su vida, y que por eso se refleja también en todas sus grandes creaciones. El hombre busca la Verdad—que es lo mismo que el Ser—como del Bien supremo que da sentido y plenitud a su existencia, y para llegar a su posesión organiza todo su ser y actividad a la luz de sus exigencias ontológicas, de las normas que tal Fin o suprema Perfección de su vida le exigen.

El conocimiento de la verdad y la práctica del bien, actividad intelectual y actividad volitiva, no son dos compartimientos independientes de la vida del espíritu, como que la verdad y el bien son nociones trascendentes y coincidentes con la del ser. El conocimiento de la verdad esclarece y hace viables los caminos de la práctica, a la vez que la práctica del bien hace accesible la contemplación, la posesión de la verdad.

Más todavía el acto de la voluntad que ordena eficazmente la vida total del hombre, está íntima y totalmente compenetrado con el juicio de la inteligencia, que da preciso sentido y dirección a su movimiento práctico; así como la vida contemplativa sólo se logra por la purificación ascética de la voluntad, que, dueña así de su libertad frente a las sollicitaciones de bienes subalternos, se aplica con firmeza y seguridad a sostener la inteligencia en su obra de indagación y contemplación de la verdad. Sólo en la eternidad cesará la

(1). Cfr. mi obra, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, C. I., n. 2 y sgts. Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1941; y *Filosofía Moderna y Filosofía Tomista, passim*, 2ª edición. Guadalupe. Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1945.

vida práctica, de aplicación de los medios para el logro del fin, para dar lugar a la perfección de la vida contemplativa en la posesión plena de la Verdad infinita. De la actividad volitiva cesará toda búsqueda o tendencia práctica, y únicamente restará el amor y el gozo del Bien, poseído para siempre por la contemplación de la inteligencia. En el tiempo, lejos todavía de esta posesión beatificante de la Verdad, vida activa y contemplativa, práctica y especulativa, han de vivir íntimamente unidas y condicionadas mutuamente.

8. - De ahí que en un plano general de organización teórica de los diversos sectores de la actividad humana, metafísica y moral, saber especulativo y práctico, por una parte, y conocimiento y vida, contemplación y acción, por otra, sean inseparables y deban ir íntimamente unidas, como uno es el Ser, que bajo las nociones de Verdad y Bien, las esclarece y gobierna. Semejante unidad de los dos grandes sectores de la actividad humana: del saber, especulativo y práctico, y del obrar y del hacer en todas sus formas, del conocimiento y de la vida, alcanzada desde los primeros principios de la inteligencia—y de la inteligencia iluminada por la fe en el orden sobrenatural—constituyen la verdadera **sabiduría**. En ella toda la múltiple actividad humana—teórica y práctica, espiritual y material—logra organizarse conforme a las supremas exigencias ontológicas impuestas por la razón y la fe.

Semejante unidad no ha de permanecer, sin embargo, en el plano universal de la contemplación filosófico-teológica, que la consigue por la consideración y estructuración teórica de todos los sectores del ser y actividad humana, ha de **descender** al plano concreto de la vida individual, ha de **realizarse** en la conciencia y en la conducta de cada hombre, en una palabra, **ha de vivirse plenamente y convertirse en vida propia**. Hasta que aquella sabiduría teórico-práctica no descienda hasta el plano de la conciencia y conducta individual y no se trueque en vida, no logra desenvolver toda su fuerza ni realizarse plenamente en toda eficacia ni alcanzar la unidad concreta y vivida del **hombre sabio**, en una palabra, no consigue su propio fin.

Lo que la moderna pedagogía señala como ideal de la educación, **la formación y conquista de la personalidad**, la unidad de la vida en torno a la realización de un valor, no es sino un retorno—un tanto descolorido y amenguado a las veces y laicizado casi siempre—de aquel ideal greco-medioeval cristiano del **sabio**, del hombre que realiza en plenitud y unidad espiritual la organización jerárquica de todos los sectores de su vida a la luz de los primeros principios, los cuales, en última instancia, son las exigencias ontológicas, el **deber-ser**, impuesto por el Bien supremo o último Fin del hombre: Dios.

Cuando el hombre ha logrado estructurar orgánicamente todos los grados del saber teórico y práctico, natural y sobrenatural, y luego organizar su vida conforme a sus exigencias, cuando ha hecho carne viva y convertido en vida propia tales principios supremos del saber en la unidad y simplicidad de su rica vida armónicamente desa-

rollada bajo la luz y hegemonía de la inteligencia iluminada por la fe, ese hambre ha llegado a ser **un sabio y un santo**, o más breve y precisamente—ya que la santidad es la más elevada y perfecta realización de la sabiduría—es **un santo**. El ser natural y sobrenatural con toda su luz inteligible y sus exigencias ontológicas de realización—que, en definitiva, son el Ser de Dios proyectándose sobre nuestra vida como luz de Verdad y atracción de Bien infinito—a través de nuestra actividad espiritual—de nuestra inteligencia, en primer lugar, y mediante ésta, a través de nuestra voluntad llega así a proyectarse sobre nuestra vida para iluminarla e imprimir en ella el orden y la armonía espiritual, para realizarse en ella y así impregnarla, acrecentarla y unificarla espiritualmente en la riqueza armónica de su ser y actividad múltiple, en dirección a su colmación total y perfectamente una en la consecución de su último Fin y Perfección: el Ser de Dios, Verdad y Bien infinito, en Quien ella, la vida, alcanza el acto exhaustivo de todas sus aspiraciones y potencias, por la actualización de su vida espiritual específica intelectivo-volitiva.

—II—

9. - Tal el caso de Santo Tomás, el más santo de los sabios y el más sabio de los santos.

Alcanzó la más acabada síntesis del saber natural y sobrenatural en la unidad de la sabiduría cristiana, y logró llevarla hasta su vida, hacerla penetrar hasta las últimas partes de su ser, para iluminarlos y aunarlos orgánicamente en la simplicidad de su santidad. Santo Tomás es, por eso, una vigorosa sabiduría cristiana hecha vida, su santidad es la realización de su saber, la iluminación de su vida por su inteligencia.

La característica sobresaliente en la obra teológico-filosófica del Doctor Angélico es precisamente el poder de asimilación de todos los elementos de la razón y de la fe, de la teología y de la filosofía aristotélica y platónico-agustiniana, dispersos y separados muchas veces hasta entonces, en un sistema orgánico; su vigorosa fuerza de síntesis que logró reunir en un todo armónico y vital el tesoro dogmático sobrenatural de la fe con el inmenso caudal de conocimientos racionales de los filósofos paganos, de Aristóteles principalmente, y de San Agustín y de la escolástica precedente—no sin antes purificarlos según las exigencias inteligibles esenciales—en una unidad viviente elaborada toda ella a la luz de unos pocos y supremos principios hondamente comprendidos, del ser y de sus exigencias ontológicas.

Mas semejante obra, verdaderamente titánica y genial, no es sólo el resultado de un frío esfuerzo especulativo al margen de su vida individual—tal como acontece en gran parte de los representantes de la filosofía moderna—es el esfuerzo de su vida entera, consagrada toda ella a su consecución con sus energías naturales y sobrenaturales, íntimamente interpenetradas, es la unidad de una sabi-

duría teórico-práctica, natural y sobrenatural, vivida en la unidad y santidad de su vida. A tal obra de sistematización de todo el saber natural y sobrenatural, de filosofía y teología, se consagra Santo Tomás como al ideal de su propia santidad individual, en cuya realización busca y encuentra él el cumplimiento de la Voluntad divina y la misión que Dios le ha encomendado. El Santo Doctor ofrenda y santifica su vida en la realización científica que Dios providencialmente le confiara. De ahí que para llevarla a cabo no se contentara y empleara principalmente los medios naturales del estudio y de la investigación, sino que, sin descuidarlos en un punto, buscara sus luces y sus fuerzas en los medios sobrenaturales de la oración y de la penitencia.

A su vez, su sabiduría santamente realizada, impregna e ilumina toda su santa vida, se realiza y vive en ella. Los principios y organización de su sabiduría filosófico-teológica son los principios y organización de su propia vida de santo. De este modo la unidad de la sabiduría cristiana, especulativamente alcanzada, se trasunta y vive en la unidad de su vida de santo. Ni el más leve asomo de ruptura o dualidad entre la contemplación y la acción, entre lo que sabe con su fe radiante y su poderosa razón con la teología y la filosofía, y lo que vive en cada acción como santo. Su santidad es el fruto de su contemplación, de su vida de sabio, y su sabiduría es el fruto sazonado de su santidad. Con razón ha podido él confesar humildemente en cierta ocasión a su hermano de Orden Fr. Reginaldo de Piperno, que había aprendido más en la oración y al pié del Crucifijo que en los libros, y ha podido escribir con tanto colorido y conaturalidad cosas tan elevadas y sutiles del saber místico, que había experimentado en su propia vida de oración y unión con Dios. Toda su sabiduría está viviente en su vida, así como toda su santidad y la modalidad personal misma de su santidad está viviente en su doctrina. "Su santidad, ha dicho Maritain en una frase feliz, es la santidad de la inteligencia" y ello doble y recíprocamente, como lo venimos exponiendo: era la inteligencia de un santo que realizaba su vida de santidad en la elaboración de su obra intelectual, la inteligencia **instrumentalizada** y movida por la santidad; y a su vez su santidad era el fruto de la penetración cabal y sin obstáculos de la obra de su inteligencia en todos los aspectos de su vida.

Nunca tal vez en la historia de la filosofía y de la teología y en la hagiografía, inteligencia y vida se compenetraron tanto y alcanzaron más fuerte unidad como en Santo Tomás. La unidad de su obra descende, penetra y se encarna en la unidad de su vida, y la unidad de su vida se refleja y está toda ella presente en la unidad de su obra. Obra intelectual y conducta, inteligencia y vida, constituyen una unidad indisoluble: la unidad de la sabiduría de la santidad.

(Especial para "Universidad Católica Bolivariana")